

“UN ÁRBOL POR TU FUTURO”

EL ÁRBOL EN LA LITERATURA

FLORILEGIO

Índice

1. El árbol (Aleixandre, Vicente).....	2
2. A la izquierda del roble (Benedetti, Mario).....	2
3. Abedul (Cauwelaert, Didier Van).....	6
4. Castaño (Cervantes, Miguel de)	6
5. Lirio (Chacel, Rosa)	7
6. Álamos (Colinas, Antonio)	7
7. Eucalipto (Cortázar, Julio).....	7
8. Cedro (Cruz, San Juan de la)	7
9. Diente de león (Dickinson, Emily).....	8
10. Ciprés (Diego, Gerardo).....	8
11. Aliso (Enckell, Rabbe)	8
12. Brionia (Eurípides)	8
13. Las hojas de este árbol... (Goethe, Johann Wolfgang von)	9
14. Higuera (Ibarborou, Juana de).....	9
15. Cuasia (Jacq, Chistian)	9
16. Granado (Jiménez, Juan Ramón)	9
17. La copa final (Jiménez, Juan Ramón).....	10
18. Carrasca (León, Fray Luis de).....	10
19. Acacia (Machado, Antonio)	10
20. Álamos (Machado, Antonio).....	10
21. Ciprés (Machado, Antonio)	11
22. Encina (Machado, Antonio).....	11
23. Retama, romero, almendro (Machado, Antonio)	13
24. Amaranto (Milton, John)	13
25. Cipariso convertido en ciprés (Ovidio)	13
26. Saguaro (Pinkola Estés, Clarissa)	14
27. Avellano (Rilke, Rainer María)	14
28. As árvores e os livros (Sousa Braga, Jorge)	14
29. Trébol violeta (Thoreau, Henry David)	15
30. Hiedra (Vega, Garcilaso de la)	15

“UN ÁRBOL POR TU FUTURO”

1. El árbol (Aleixandre, Vicente)

El árbol jamás duerme.

Dura pierna de roble, a veces tan desnuda quiere un sol muy oscuro.
Es un muslo piafante que un momento se para,
mientras todo el horizonte se retira con miedo.

Un árbol es un muslo que en la tierra se yergue como la erecta vida.
No quiere ser blanco ni rosado,
y es verde, verde siempre como los duros ojos.

Rodilla inmensa donde los besos no imitarán jamás falsas hormigas.
Donde la luna no pretenderá ser un sutil encaje.
Porque la espuma que una noche osara hasta rozarlo
a la mañana es roca, dura roca sin musgo.

Venas donde a veces los labios que las besan
sienten el brío del acero que cumple,
sienten ese calor que hace la sangre brillante
cuando escapa apretada entre los sabios músculos.

Sí. Una flor quiere a veces ser un brazo potente.
Pero nunca veréis que un árbol quiera ser otra cosa.
Un corazón de un hombre a veces resuena golpeando.
Pero un árbol es sabio, y plantado domina.

Todo un cielo o un rubor sobre sus ramas descansa.
Cestos de pájaros niños no osan colgar de sus yemas.
Y la tierra está quieta toda ante vuestros ojos;
pero yo sé que ella se alzaría como un mar por tocarle.

En lo sumo, gigante, sintiendo las estrellas todas rizadas sin un viento,
resonando misteriosamente sin ningún viento dorado,
un árbol vive y puede, pero no clama nunca,
ni a los hombres mortales arroja nunca su sombra.

2. A la izquierda del roble (Benedetti, Mario)

No sé si alguna vez les ha pasado a ustedes
pero el Jardín Botánico es un parque dormido
en el que uno puede sentirse árbol o prójimo
siempre y cuando se cumpla un requisito previo.
Que la ciudad exista tranquilamente lejos.

“UN ÁRBOL POR TU FUTURO”

El secreto es apoyarse digamos en un tronco
y oír a través del aire que admite ruidos muertos
cómo en Millán y Reyes galopan los tranvías.

No sé si alguna vez les ha pasado a ustedes
pero el Jardín Botánico siempre ha tenido
una agradable propensión a los sueños
a que los insectos suban por las piernas
y la melancolía baje por los brazos
hasta que uno cierra los puños y la atrapa.

Después de todo el secreto es mirar hacia arriba
y ver cómo las nubes se disputan las copas
y ver cómo los nidos se disputan los pájaros.

No sé si alguna vez les ha pasado a ustedes
ah pero las parejas que huyen al Botánico
ya desciendan de un taxi o bajen de una nube
hablan por lo común de temas importantes
y se miran fanáticamente a los ojos
como si el amor fuera un brevísimo túnel
y ellos se contemplarán por dentro de ese amor.

Aquellos dos por ejemplo a la izquierda del roble
(también podría llamarlo almendro o araucaria
gracias a mis lagunas sobre Pan y Linneo)
hablan y por lo visto las palabras
se quedan conmovidas a mirarlos
ya que a mí no me llegan ni siquiera los ecos.

No sé si alguna vez les ha pasado a ustedes
pero es lindísimo imaginar qué dicen
sobre todo, si él muerde una ramita
y ella deja un zapato sobre el césped
sobre todo, si él tiene los huesos tristes
y ella quiere sonreír, pero no puede.

Para mí que el muchacho está diciendo
lo que se dice a veces en el Jardín Botánico

Ayer llegó el otoño
el sol de otoño
y me sentí feliz
como hace mucho
qué linda estás
te quiero
en mi sueño

“UN ÁRBOL POR TU FUTURO”

de noche
se escuchan las bocinas
el viento sobre el mar
y sin embargo aquello
también es el silencio
mírame así
te quiero
yo trabajo con ganas
hago números
fichas
discuto con cretinos
me distraigo y blasfemo
dame tu mano
ahora
ya lo sabes
te quiero
pienso a veces en Dios
bueno no tantas veces
no me gusta robar
su tiempo
y además está lejos
vos estás a mi lado
ahora mismo estoy triste
estoy triste y te quiero
ya pasarán las horas
la calle como un río
los árboles que ayudan
el cielo
los amigos
y qué suerte
te quiero
hace mucho era niño
hace mucho y qué importa
el azar era simple
como entrar en tus ojos
déjame entrar
te quiero
menos mal que te quiero.

No sé si alguna vez les ha pasado a ustedes
pero puedo ocurrir que de pronto uno advierta
que en realidad se trata de algo más desolado
uno de esos amores de tántalo y azar
que Dios no admite porque tiene celos.

Fíjense que él acusa con ternura
y ella se apoya contra la corteza

“UN ÁRBOL POR TU FUTURO”

fíjense que él va tildando recuerdos
y ella se consterna misteriosamente.

Para mí que el muchacho está diciendo
lo que se dice a veces en el Jardín Botánico

vos lo dijiste
nuestro amor
fue desde siempre un niño muerto
sólo de a ratos parecía
que iba a vivir
que iba a vencernos
pero los dos fuimos tan fuertes
que lo dejamos sin su sangre
sin su futuro
sin su cielo
un niño muerto
sólo eso
maravilloso y condenado
quizá tuviera una sonrisa
como la tuya
dulce y honda
quizá tuviera un alma triste
como mi alma
poca cosa
quizá aprendiera con el tiempo
a desplegarse
a usar el mundo
pero los niños que así vienen
muertos de amor
muertos de miedo
tienen tan grande el corazón
que se destruyen sin saberlo
vos lo dijiste
nuestro amor
fue desde siempre un niño muerto
y qué verdad dura y sin sombra
qué verdad fácil y qué pena
yo imaginaba que era un niño
y era tan sólo un niño muerto
ahora qué queda
sólo queda
medir la fe y que recordemos
lo que pudimos haber sido
para él
que no pudo ser nuestro
qué más

“UN ÁRBOL POR TU FUTURO”

acaso cuando llegue
un veintitrés de abril y abismo
vos donde estés
llévale flores
que yo también iré contigo.

No sé si alguna vez les ha pasado a ustedes
pero el Jardín Botánico es un parque dormido
que sólo despierta con la lluvia.

Ahora la última nube a resuelto quedarse
y nos está mojando como alegres mendigos.

El secreto está en correr con precauciones
a fin de no matar ningún escarabajo
y no pisar los hongos que aprovechan
para nadar desesperadamente.

Sin prevenciones me doy vuelta y siguen
aquellos dos a la izquierda del roble
eternos y escondidos en la lluvia
diciéndose quién sabe qué silencios.

No sé si alguna vez les ha pasado a ustedes
pero cuando la lluvia cae sobre el Botánico
aquí se quedan sólo los fantasmas.

Ustedes pueden irse.
Yo me quedo.

3. Abedul (Cauwelaert, Didier Van)

Yo tenía la edad de Raoul, y recé tanto, abrazado a los troncos, que Dios o las hadas me concedieron enseguida la vida que me había construido en sueños. Allí seguía yendo a invocar y agradecer las fuerzas que actuaban a mi alrededor ... un día descubrí un pequeño arbusto, tendido en mitad del sendero y medio roto por el paso de los ciervos. Lo enderecé y planté una rama gruesa cerca del tronco para sostenerlo a modo de horquilla. A medida que pasaban los meses veía cómo perdía las hojas y le salían otras nuevas, y cómo iba cicatrizando. Hoy es un espléndido abedul, y como recuerdo he dejado allí la rama tutora, que en verano disimula bajo la espesura de su follaje.

4. Castaño (Cervantes, Miguel de)

Era la noche, como se ha dicho, oscura, y ellos acertaron a entrar entre unos árboles altos, cuyas hojas movidas del blando viento hacían un temeroso y manso ruido; de manera que la soledad, el sitio, la oscuridad, el ruido del agua, con el susurro de las hojas, todo causaba horror y espanto. (...)

“UN ÁRBOL POR TU FUTURO”

Acabó en esto de descubrirse el alba, y de parecer distintamente las cosas, y vio Don Quijote que estaban entre unos árboles altos, que ellos eran castaños, que hacen la sombra muy oscura.

5. Lirio (Chacel, Rosa)

Y el día había sido radiante, mayo no achicharraba todavía: sacaba mágicamente de la tierra la legión de los lirios. Aleteaban entre sus espadas -tan sensible al aire la levedad de sus pétalos- y extendían su color violáceo al borde de todos los caminos. Más oscuro en los lugares umbríos y en todos fragante, difundíéndose su aroma, que no es apenas aroma.

6. Álamos (Colinas, Antonio)

“El álamo joven crecía y crecía buscando la luz, superó incluso la altura de la azotea de la casa. Ahora, una mañana, hemos descubierto que el árbol se inclina peligrosamente y que, tarde o temprano, acabará cayendo. Por eso debemos cortarlo. El joven y brioso álamo nos demuestra que no se puede buscar la luz sin que las raíces sean lo suficientemente profundas. El ser –como el álamo- debe crecer en igual medida: hacia arriba y hacia abajo, hacia la luz y hacia las sombras, para no caer derrotado por el exceso” “Recuerdo también ahora otro álamo de mis tierras altas. Crecía en el centro y en la soledad de un páramo. Un día, después de una fuerte tormenta, apareció completamente sin hojas. Todas las hojas estaban sobre el suelo. Había caído sobre él una descarga eléctrica y murió. En este caso el álamo nos prueba que es peligroso ascender demasiado donde todo es desnudez, donde nada asciende. Importante es la armonía con el entorno. “Nada de lo que destaca brilla”, escribió un pensador oriental.”

7. Eucalipto (Cortázar, Julio)

Fama y eucalipto

Un fama anda por el bosque y aunque no necesita leña mira codiciosamente los árboles. Los árboles tienen un miedo terrible porque conocen las costumbres de los famas y temen lo peor. En medio de todos está un eucalipto hermoso, y el fama al verlo da un grito de alegría y baila tregua y baila catala en torno del perturbado eucalipto, diciendo así:

Hojas antisépticas, invierno con salud, gran higiene.

Saca un hacha y golpea al eucalipto en el estómago, sin importársele nada. El eucalipto gime, herido de muerte, y los otros árboles oyen que dice entre suspiros:

Pensar que este imbécil no tenía más que comprarse unas pastillas Valda.

8. Cedro (Cruz, San Juan de la)

En mi pecho florido,
que entero para él sólo se guardaba,
allí quedó dormido,
y yo le regalaba,

“UN ÁRBOL POR TU FUTURO”

y el ventalle de cedros aire daba.

9. Diente de león (Dickinson, Emily)

El pálido tallo del Diente de León
asombra al pasto,
y el invierno al instante se transforma
en un infinito Ay de mí
-el tallo sostiene un pimpollo de señal
y luego una esplendente flor-,
la proclamación de los soles
que la sepultura pasó.

10. Ciprés (Diego, Gerardo)

Enhiesto surtidor de sombra y sueño
que acongozas el cielo con tu lanza.
Chorro que a las estrellas casi alcanza
devanado a sí mismo en loco empeño.
Mástil de soledad, prodigio isleño;
flecha de fe, saeta de esperanza.
Hoy llego a ti, riberas del Arlanza,
peregrina al azar, mi alma sin dueño.
Cuando te vi, señorero, dulce firme,
qué ansiedades sentí de diluirme
y ascender como tú, vuelto cristales,
como tú, negra torre de arduos filos,
ejemplo de delirios verticales,
mudo ciprés en el fervor de Silos.

11. Aliso (Enckell, Rabbe)

¿Has visto hojas de aliso un día grisáceo cuando las nubes se separan de mala gana? ¿las has visto jugando con el viento intercambiar mil sombras con los crepúsculos? allí está la larva dura de mollera esperando sobre la hoja la metamorfosis pálida y ajada por un viento de sequía Considera toda la belleza Signos interiores de que la libertad está próxima El desfile de nubes grisáceas y los estallidos de las arvejas.

12. Brionia (Eurípides)

¡Oh Tebas, nodriza de Sémele, corónate con hiedra! ¡Florece, haz florecer a porfía la verde brionia de frutos brillantes, y conságrate a Baco entre ramos de encina y de abeto!

“UN ÁRBOL POR TU FUTURO”

13. Las hojas de este árbol... (Goethe, Johann Wolfgang von)

Las hojas de este árbol, que del Oriente a mi jardín venido, lo adorna ahora,
un arcano sentido tienen, que al sabio de reflexión le brindan materia obvia.
¿Será este árbol extraño algún ser vivo que un día en dos mitades se dividiera?
¿O dos seres que tanto se comprendieron, que fundirse en un solo ser decidieran?
La clave de este enigma tan inquietante Yo dentro de mí mismo creo haberla hallado:
¿no adivinas tú mismo, por mis canciones, que soy sencillo y doble como este árbol?

14. Higuera (Ibarborou, Juana de)

La higuera porque es áspera y fea, porque todas sus ramas son grises, yo le tengo piedad a la higuera.
En mi quinta hay cien árboles bellos: ciruelos redondos, limoneros rectos y naranjos de brotes
lustrosos. En las primaveras, todos ellos se cubren de flores en torno a la higuera. Y la pobre parece
tan triste con sus gajos torcidos que nunca de apretados capullos se visten... Por eso, cada vez que yo
paso a su lado, digo, procurando hacer dulce y alegre mi acento: – Es la higuera el más bello de los
árboles en el huerto. Si ella escucha, si comprende el idioma en que hablo, ¡qué dulzura tan honda
hará nido en su alma sensible de árbol! Y tal vez a la noche, cuando el viento abanique su copa,
embriagada de gozo, le cuente: – Hoy a mí me dijeron hermosa.

15. Cuasia (Jacq, Chistian)

El príncipe optó por la segunda solución.

Cuando divisó unos ibex, gacelas y orix y, a lo lejos, una cuasia de unos diez metros de alto, prometió
obedecer siempre a su instinto. El árbol, con abundantes ramas y corteza gris, estaba engalanado con
pequeñas flores perfumadas, de color amarillo verde, y proporcionaba un fruto comestible, de carne
suave y azucarada, de forma ovoide, pudiendo alcanzar cuatro centímetros de largo, que los
cazadores llamaban “el dátíl del desierto”. Poseía armas temibles, largas espinas muy rectas, con la
punta de color verde claro. El hermoso árbol dispensaba algo de sombra y custodiaba una de esas
fuentes misteriosas surgidas de las entrañas del desierto con la bendición del dios Seth.

16. Granado (Jiménez, Juan Ramón)

Yo ya no tengo granados, Platero. Tú no viste los del corralón de la bodega de la calle de las Flores.
Íbamos por las tardes... Por las tapias caídas se veían los corrales de las casas de la calle del Coral,
cada uno con su encanto, y el campo, y el río. Se oía el toque de las cornetas de los carabineros y la
fragua de Sierra... Era el descubrimiento de una parte nueva del pueblo que no era la mía, en su
plena poesía diaria. Caía el sol y los granados se incendiaban como ricos tesoros junto al pozo en
sombra que desbarataba la higuera llena de salamanquesas...

“UN ÁRBOL POR TU FUTURO”

17. La copa final (Jiménez, Juan Ramón)

Contra el cielo inexpresable,
el álamo, ya amarillo,
instala la alta belleza
de su éxtasis vespertino.
La luz se recoge en él
como en el nido tranquilo
de su eternidad. Y el álamo
termina bien en sí mismo.

18. Carrasca (León, Fray Luis de)

Bien como la ñudosa
carrasca, en alto risco desmochada
con hacha poderosa,
del ser despezada
del hierro, torna rica y esforzada.

19. Acacia (Machado, Antonio)

¡Verdes jardinillos,
claras plazoletas,
fuente verdinosa
donde el agua sueña,
donde el agua muda
resbala en la piedra! ...
Las hojas de un verde
mustio, casi negras,
de la acacia, el viento
de septiembre besa,
y se lleva algunas
amarillas, secas,
jugando, entre el polvo
blanco de la tierra.

20. Álamos (Machado, Antonio)

He vuelto a ver los álamos dorados,
álamos del camino en la ribera
del Duero, entre San Polo y San Saturio,
tras las murallas viejas
de Soria -barbacana
hacia Aragón, en castellana tierra -.

“UN ÁRBOL POR TU FUTURO”

Estos chopos del río, que acompañan
con el sonido de sus hojas secas
el son del agua, cuando el viento sopla,
tienen en sus cortezas
grabadas iniciales que son nombres
de enamorados, cifras que son fechas.
¡Álamos del amor que ayer tuvisteis
de ruiseñores vuestras ramas llenas;
álamos que seréis mañana liras
del viento perfumado en primavera;
álamos del amor cerca del agua
que corre pasa y sueña,
álamos de las márgenes del Duero,
conmigo vais, mi corazón os lleva!

21. Ciprés (Machado, Antonio)

El sol es un globo de fuego,
la luna es disco morado.
Una blanca paloma se posa
en el alto ciprés centenario.
Los cuadros de mirtos parecen
de marchito velludo empolvado.
¡El jardín y la tarde tranquila! ...
Suenan el agua en la fuente de mármol.

22. Encina (Machado, Antonio)

¡Encinares castellanos
en laderas y altozanos,
serijones y colinas
llenos de oscura maleza,
encinas, paradas encinas:
humildad y fortaleza!
Mientras que llenándoos va
el hacha de calvijares,
¿nadie cantaros sabrá,
encinares?
.....
¿Qué tienes tú, negra encina
campesina,
con tus ramas sin color
en el campo sin verdor;
con tu tronco ceniciento
sin esbeltez ni altiveza

“UN ÁRBOL POR TU FUTURO”

con tu vigor sin tormento,
y tu humildad que es firmeza?
En tu copa ancha y redonda
nada brilla,
ni tu verdioscura fronda
ni tu flor verdiamarilla.
Nada es lindo ni arrogante
en tu porte, ni guerrero,
nada fiero
que aderece su talante.
Brotas derecha o torcida
con esa humildad que cede
sólo a la ley de la vida,
que es vivir como se puede.
El campo mismo se hizo
árbol en ti, parada encina.
Ya bajo el sol que calcina,
ya contra el hielo invernizo,
el bochorno y la borrasca,
el agosto y el enero,
los copos de la nevasca,
los hilos del aguacero,
siempre firme, siempre igual,
impasible, casta y buena,
¡oh tú, robusta y serena,
eterna encina rural
de los negros encinares
de la raya aragonesa
y las crestas militares
de la tierra pamplonesa;
encinas de Extremadura,
de Castilla, que hizo a España,
encinas de la llanura,
del cerro y de la montaña;
encinas del alto llano
que el joven Duero rodea,
y del Tajo que serpea
por el suelo toledano;
encinas de junto al mar
-en Santander-, encinar
que pones tu nota arisca,
como un castellano ceño,
en Córdoba la morisa,
y tú, encinar madrileño,
bajo Guadarrama frío,
tan hermoso, tan sombrío,
con tu adustez castellana

“UN ÁRBOL POR TU FUTURO”

corrigiendo
la vanidad y el atuendo
y la hetiquez cortesana!...
Ya sé, encinas
campesinas,
que os pintaron, con lebreles
elegantes y corceles,
los más egregios pinceles,
y os cantaron los poetas
augustales,
que os asordan escopetas
de cazadores reales;
mas sois el campo y el lar
y la sombra tutelar
de los buenos aldeanos
que visten parada estameña,
y que cortan vuestra leña
con sus manos

23. Retama, romero, almendro (Machado, Antonio)

¿Quién puso, entre las rocas de ceniza, para la miel del sueño,
esas retamas de oro
y esas azules flores del romero?
La sierra de violeta
y, en el poniente, el azafrán del cielo,
¿quién ha pintado? ¡El abejar, la ermita,
el tajo sobre el río, el sempiterno
rodar del agua entre las hondas peñas,
y el rubio verde de los campos nuevos,
y todo, hasta la tierra blanca y rosa
al pie de los almendros!

24. Amaranto (Milton, John)

Reverentes se inclinaron ante los dos tronos y en solemne adoración dejaron en el suelo sus coronas entretejidas de amaranto y oro, amaranto inmortal, aquella flor que junto al Árbol de la Vida un día se abrió en el Paraíso, pero pronto por la culpa del hombre volvió al Cielo donde crece y florece y se levanta a dar sombra a la fuente de la vida.

25. Cipariso convertido en ciprés (Ovidio)

Había un corpulento ciervo dedicado a las ninfas de los campos de Cartea, el cual tenía unas astas de tal elevación y anchura que le servían de sombraje a su cabeza; las astas resplandecían con el oro, y

“UN ÁRBOL POR TU FUTURO”

de su delgado cuello iba pendiente hasta los brazuelos un collar de piedras preciosas. Un medallón de plata colgaba sobre su frente, sujeto con unos pequeños lazos de cuero, y de sus orejas pendían también sobre las sienes dos arracadas del mismo metal. Este ciervo domesticado y acostumbrado a no conocer el miedo, solía entrar en las casas y presentar su cuello aun a las manos desconocidas para que lo halagasen; pero, no obstante, a nadie le agradaba tanto como a ti, Cipariso, joven el más hermoso de toda la isla de Cos. Tú cuidabas de llevarlo a los pastos más abundantes y a las fuentes más cristalinas. Unas veces entretejías sus astas con variedad de flores, otras, acomodándote en su espalda, ibas con él de una a otra parte, enfrenándole con un cabestro de color de púrpura.

Un día de estío, a la hora del mayor calor, se echó el ciervo sobre la hierba, viéndose muy fatigado, para tomar un poco el fresco a la sombra de los árboles. El muchacho Cipariso, sin saber lo que se hacía, le atravesó con una aguda flecha, y viéndole expirar de aquella cruel herida, quedó sobrecogido de tal tristeza y desesperación que resolvió darse a sí mismo la muerte. ¿Qué de cosas no le dijo Febo para consolarle? Le amonesta para que no se abandone a tanto sentimiento por una cosa de tan poca consideración; pero él seguía entregado a sus gemidos y sentimientos, pidiendo a los dioses que por último don le concediesen que jamás interrumpiese sus lágrimas. A puro llorar vino a derramar su sangre por los ojos y sus miembros empezaron a tomar un color verde, a transformarse en erizada melena aquellos hermosos cabellos que poco ha pendían de su nevada frente, y endureciéndose poco a poco se elevó mirando rectamente al cielo, angostándose la copa hasta rematar en punta. Fue muy sensible a Apolo esta transformación de que había sido testigo, y suspirando: “Yo lloraré tu pérdida -le dijo-, Cipariso; tú llorarás la de otros y asistirás siempre a los lúgubres llantos”.

26. Saguaro (Pinkola Estés, Clarissa)

Por consiguiente, la mujer que ha perdido el control bailando, que ha perdido el equilibrio y ha perdido los pies y comprende el estado de privación a que se refiere el final del cuento de hadas (se refiere a “Las zapatillas rojas”), posee una sabiduría valiosa y especial. Es como un saguaro, un espléndido y hermoso cacto que vive en el desierto.

A los saguaros se los puede llenar de orificios de bala, se les pueden practicar incisiones, se los puede derribar y pisotear, y ellos siguen viviendo, siguen almacenando el agua que da la vida, siguen creciendo salvajes y, con el tiempo, se curan.

27. Avellano (Rilke, Rainer María)

Pero si los infinitamente muertos despertaran en nosotros un símbolo, mira, señalarían tal vez los amentos del desnudo avellano, los amentos que cuelgan, o bien pensarían en la lluvia que cae sobre el oscuro reino terrestre.

28. As árvores e os livros (Sousa Braga, Jorge)

As árvores como os livros têm folhas

“UN ÁRBOL POR TU FUTURO”

e margens lisas ou recortadas,
e capas (isto é copas) e capítulos
de flores e letras de ouro nas lombadas.

E são histórias de reis, histórias de fadas,
as mais fantásticas aventuras,
que se podem ler nas suas páginas,
no pecíolo, no limbo, nas nervuras.

As florestas são imensas bibliotecas,
e até há florestas especializadas,
com faias, bétulas e um letreiro
a dizer: “Floresta das zonas temperadas”.

É evidente que não podes plantar
no teu quarto, plátanos ou azinheiras.
Para começar a construir uma biblioteca,
basta um vaso de sardinheiras.

29. Trébol violeta (Thoreau, Henry David)

He recorrido esos grandes pastizales tantos agostos y, a pesar de todo, jamás reconocí esas compañeras violáceas que tenía delante. Las rocé, las pisé y ahora, al fin, se alzan ante mí y me bendicen. La belleza y la riqueza auténticas suelen ser baratas y despreciadas. El Cielo podría definirse como el lugar que los hombres evitan.

30. Hiedra (Vega, Garcilaso de la)

Nemoroso
Corrientes aguas, puras, cristalina;
árboles que os estáis mirando en ellas;
verde prado de fresca sombra lleno;
aves que aquí sembráis vuestras querellas;
yedra que por los árboles caminas
torciendo el paso por su verde seno:
yo me vi tan ajeno
del grave mal que siento
que de puro contento
con vuestra soledad me recreaba,
donde con dulce sueño reposaba,
o con el pensamiento discurría
por donde no hallaba
sino memorias llenas de alegría.